

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Autores: Julián Mónaco, Sofía Luppino, Alejandro Pisera, Sofía Sagle, Antonela Ferrari

Milano, María Florencia Colangelo.

Afiliación institucional: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales,
Carrera de Ciencias de la Comunicación.

Correo electrónico: julmonaco@gmail.com

Eje problemático propuesto: Eje 2: Poder. Dominación. Violencia.

Título de la ponencia: A propósito de la *Postada sobre las Sociedades de Control* de Gilles Deleuze: cuatro entradas problemáticas.

Resumen:

A fines de 2009 el sitio *Edge.org* propuso a lo más selecto de la vanguardia científica dos preguntas: “¿Qué va a cambiar todo?, ¿Qué ideas disruptoras y desarrollos científicos esperan ver antes de morir?”. Las respuestas que ciento cincuenta físicos, neurobiólogos, filósofos y matemáticos enviaron al sitio dibujan un imaginario de época que constituye el punto de partida de esta ponencia, que intentará -sirviéndose fundamentalmente de la lectura que Deleuze realiza del proyecto foucaultiano en su famosa *Postdata...*- problematizarlo. Todo ese caudal de imágenes, sedimentadas en la memoria colectiva, no sólo estructuran el pensamiento y la percepción, sino que, además, guían la interpretación, moldean nuestras acciones, cincelan el marco de lo pensable y conducen nuestras utopías y deseos.

Si el capitalismo pos-industrial nos coloca, como sugiere nuestro autor, “al principio de algo”, quizás valga la pena *viajar* en torno a las respuestas recabadas, con el propósito de develar en ellas algunos atisbos de las evidentes mutaciones que han sufrido las estrategias y dispositivos del biopoder. De cara a ese problema, nos preguntaremos: ¿cómo se construyen las subjetividades y cuáles son los nuevos modos de sujeción orientados por procesos económicos y políticos relacionados a las necesidades y transformaciones no disruptivas del capitalismo?

A propósito de la Postada sobre las Sociedades de Control de Gilles

Deleuze: seis entradas problemáticas*

Consideraciones éticas prohíben usar la estimulación profunda del cerebro para mejorar un órgano considerado normal. Pero la historia nos enseña dos lecciones: la tecnología tiende a hacerse más precisa, efectiva y segura con el tiempo y que todo lo que puede hacerse en algún momento terminará por hacerse. Empujada por la estimulación cerebral, la neurocosmética seguirá los mismos pasos que la cirugía plástica: será reconstructiva en sus orígenes hasta ser continuamente requerida con propósitos cosméticos. En cierta manera, la estimulación cerebral será usada tanto para modificar la personalidad como para optimizar las oportunidades profesionales y sociales.

Marcel Kinsbourne, neurólogo y neurocientífico cognitivo.

Mucho antes de que entendamos cómo funciona el cerebro, seremos capaces de copiar digitalmente la estructura de uno de estos órganos y de descargar la mente consciente a una computadora. No sólo no tendremos que morir jamás. Viviremos en cambio en mundos virtuales como el de Matrix.

David Eagleman, neurocientífico.

El año pasado fue el de la introducción de la genómica directa al consumidor. Y se lanzaron nuevas compañías. Se puede conseguir de todo, desde una secuenciación completa del genoma (por 350 mil dólares) a un listado de riesgos de enfermedades e información ancestral. Algunos de los resultados posibles de esto podrían ser: la medicina personalizada (las drogas se prescribirán de acuerdo al background molecular del paciente), el fin de varias enfermedades genéticas, el fin de la “genofobia” de varios académicos cuyas doctrinas serán cada vez más inverosímiles al ritmo en que las personas aprenden sobre los genes que afectan su temperamento y cognición.

* Una primera versión de este texto fue presentada en Mar del Plata, el 18 de junio de 2011, en ocasión de las “Primeras Jornadas Gilles Deleuze”, organizadas por la Universidad Nacional de Mar del Plata y el Grupo de Investigación *Escritura y Productividad*. Posteriormente, la ponencia fue publicada en las memorias de dichas jornadas con el título “Hacia una cartografía del biopoder actual” (ISBN: 978-987-544-393-8). En esta segunda versión, recuperamos la discusión en la mesa de trabajo que nos tocara, para repensar aquella “cartografía”. Además, hemos incorporado dos entradas totalmente nuevas (“El revés tanatopolítico” y “Del fordismo al posfordismo”).

Steven Pinker, psicólogo experimental y científico cognitivo.

Supongamos que con el desarrollo de la tomografía computada se pudiera determinar con exactitud los patrones de los impulsos violentos en cada persona. Quizá sea posible rastrear cada decisión de matar o dañar a otro individuo, de asesinar a un chico. Si ese “patrón de la muerte” fuera detectable, ¿podrían desarrollarse métodos para prevenir que tal reacción se dispare? Todos podríamos cargar dispositivos capaces de detectar el patrón y suprimirlo. ¿Cómo sería un mundo en el que química o electrónicamente se pudiera remover la habilidad para matar o dañar al otro?

Karl Sabbagh, escritor y productor televisivo.

Podremos comenzar a escribir el nuevo software de la vida para dirigir organismos y conducirlos a realizar procesos como crear biocombustibles renovables y reciclar el dióxido de carbono. Mientras aprendamos de los 3500 millones de años de evolución seremos capaces de cambiar no sólo cómo vemos la vida conceptualmente, sino cambiar la vida misma.

Craig Venter, biólogo, fundador de la compañía privada Celera Genomics, que decodificó el genoma humano.

[Todas las citas pertenecen a Veo Veo. (2009, Febrero 15). *Página 12: Suplemento Radar*, 4-7]

En *Las redes del poder*, dice Michel Foucault que las sociedades de soberanía tenían dos problemas principales: por un lado, lo discontinuo del poder político aplicado al cuerpo social, que permitía la fuga de un número casi infinito de cosas: elementos, conductas, procesos; y, por otro, lo excesivamente oneroso de ese poder y sus mecanismos de control, meramente recaudadores y predatorios, operando siempre con el signo de la sustracción económica y siendo, más que un estímulo al flujo económico, precisamente su obstáculo y freno. He aquí, entonces, las dos preocupaciones, las dos necesidades: “encontrar un mecanismo de poder tal que al mismo tiempo que controlase las cosas y las personas hasta en sus mas mínimos detalles no fuese tan oneroso ni esencialmente predatorio, [sino] que se ejerciera en el mismo sentido del proceso económico” (Ferrer. comp., 2005: 20).

Frente a la máxima de *hacer morir o dejar vivir* que caracterizaba a este tipo de sociedades, aparecerá entonces aquella de *hacer vivir o de arrojar a la muerte*, característica de las sociedades disciplinarias (Foucault, 2008). De este modo, el poder ya no será –esencialmente- deducción, no se expresará –únicamente- en la forma de una negatividad, sino que, además de eliminar, también incitará, ordenará, organizará, producirá y administrará las fuerzas sometidas.

Ese poder, que toma como objeto a la vida, y se ejerce sobre ella, comenzó a desarrollarse desde el siglo XVII y en dos formas principales. La primera de esas formas se centró en el disciplinamiento individualizante y anatomizante del sujeto en la multiplicidad de la masa, en busca de un crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, y también de su rendimiento en el aparato productivo. Todo ello asegurado por lo que Foucault denominó instituciones disciplinarias o “de encierro”, una red, un *continuum* de aparatos cuya función es, sobre todo, reguladora, normalizadora, distributiva. Centrada en el cuerpo-maquina como objeto y efecto de saberes/poderes diversos, esta *anatomo-política* puede leerse, por ejemplo, en la meticulosa reglamentación de las conductas que encontramos en aquel colegio presentado por Lindsay Anderson en su película *If...*, de 1968.

El segundo polo, surgido hacia mediados del siglo XVIII, se centrará no ya en el cuerpo individual, sino en el cuerpo-especie. Es el momento de las “observaciones económicas, de los problemas de natalidad, longevidad, salud pública, vivienda, migración... todos esos problemas son tomados a su cargo por una serie de intervenciones y de *controles reguladores: una biopolítica de la población*” (Foucault, 2008: 131-132).

Tratando a los hombres al mismo tiempo como cuerpo-maquina y como cuerpo-especie, el biopoder –cuyas dos caras son, como hemos apuntado, la *anatomo-política* y la *biopolítica*- se practica positivamente sobre la vida, ejerciendo sobre ella controles precisos y regulaciones generales; todas ellas apuntaladas por un Estado que empieza a tratar a esos cuerpos que se multiplican (fin de las grandes pestes, llegadas de nuevos alimentos desde las colonias) e invaden las ciudades (incipiente proceso de urbanización e industrialización) como recursos tan disponibles como el oro o el carbón. “Ese biopoder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable del desarrollo del capitalismo; este no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos” (2008: 133). Como sugieren Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez

siguiendo a Antonio Negri, “capitalismo y eugenesia (un poder que “hace” la vida y los cuerpos) se leen en continuidad, como modos de dominio que usurpan la inmanencia monstruosa de la vida” (Giorgi, Rodríguez, 2007: 13).

“La biopolítica es entonces la coordinación estratégica de estas relaciones de poder dirigidas a que los vivientes produzcan más fuerza. La biopolítica es una relación estratégica y no un poder de decir la ley o de fundar la soberanía. "Coordinar y dar una finalidad" son, según las palabras de Foucault, las funciones de la biopolítica que, en el momento mismo en el que obra de este modo, reconoce que ella no es la causa del poder: coordina y da finalidad a una potencia que, en propiedad, no le pertenece, que viene de "afuera". *El biopoder nace siempre de otra cosa que de él*” (Lazzarato, 2000).

Hombre post-orgánico, sociedades de control, el código genético como dispositivo político, el cuerpo como “material humano”, la vida como horizonte a construir, intervenciones genéticas, terapias ultrarrápidas, cuerpo-alma como sistema digital. Intentemos ahora abrir algunas líneas de reflexión en torno a las mutaciones en las estrategias y dispositivos del biopoder caracterizado por Foucault -para el capitalismo industrial- de cara al capitalismo pos-industrial, que nos coloca, como sugiere Gilles Deleuze en su *Postdata sobre las sociedades de control* (Ferrer. comp., 2005), “al principio de algo”. No se trata de pensar, sin embargo, un reemplazo, un corte abrupto entre tipos de sociedades (de soberanía, de disciplina, de control) sino más bien la imbricación de las técnicas del poder que están en juego, la transformación de las técnicas de la producción y del estatuto de la vida y del cuerpo. Nuevos saberes, nuevas prácticas, nuevos dispositivos de control que se superponen, se montan y se deslizan unos sobre otros, redefiniendo el nexo entre política y vida. Lo nuevo y lo viejo se mezclan, y de esa mezcla resulta *lo nuevo*. La soberanía, las disciplinas y las sociedades de control forman, en realidad, un triángulo. Siendo el vértice dominante aquello que cambia de una época a otra.

Cabe preguntarse entonces, ¿de qué manera las transformaciones operadas en las últimas décadas, tanto en los campos del saber como del poder, afectaron a la administración de los asuntos concernientes a la biología humana? ¿Cuál es la relación biopolítica de estos nuevos saberes que se aplican a nuestros cuerpos y almas? ¿Cómo se construyen las subjetividades y cuáles son los nuevos modos de sujeción orientados por procesos económicos y políticos en relación con las necesidades y las transformaciones no disruptivas del capitalismo?

Para responder a estas preguntas, tomaremos como corpus y punto de partida las respuestas que ciento cincuenta físicos, neurobiólogos, filósofos y matemáticos enviaron al sitio *Edge.org* a fines de 2009 en ocasión de las preguntas “¿Qué va a cambiar todo? ¿Qué ideas disruptoras y desarrollos científicos esperan ver antes de morir?”. Este “espíritu de época”, todo ese caudal de imágenes, sedimentadas en la memoria colectiva, no sólo estructuran el pensamiento y la percepción, sino que, además, guían la interpretación, moldean nuestras acciones, cincelan el marco de lo pensable y conducen nuestras utopías y deseos.

1. Del Estado a las corporaciones transnacionales.

Si en las sociedades disciplinarias descritas es el Estado (y su “proyecto nacional”) quien ejecuta las técnicas destinadas a la sujeción y el control del ser humano, son las corporaciones transnacionales quienes, en la actualidad, y progresivamente, comienzan a erigirse como el tejido fundamental del mundo biopolítico. Así, donde antes reinaban las políticas públicas, son las empresas y su “gas” -que como sugiere Deleuze, parecen invadirlo todo- quienes, cada vez con mayor énfasis, comienzan a formatear vidas y cuerpos, dejando atrás el modelo que conformaban la escuela, la fábrica y la prisión. Esas instituciones han sido traspasadas desde hace rato, extendiéndose el biopoder a toda la duración de la vida, y a ámbitos hasta ahora insospechados.

“El soporte ideal para canalizar ese control disperso y total -dice Paula Sibilia- es una institución omnipresente en el mundo actual: el mercado” (Sibilia, 2005: 214), mientras que el marketing -por encima de la estadística poblacional y la demografía- se transforma en el saber/poder por excelencia: clasifica, segmenta públicos, produce deseos.

“Poco a poco hemos ido haciendo de nuestra sociedad occidental, en la que la centralidad estaba en el trabajo, una sociedad mediatizada por el consumo. Una sociedad con un mercado de trabajo flexible pero también precario, que por este motivo no puede sostenerse como espacio de referentes identitarios, pero con un mercado de consumo suficientemente fuerte como para llegar a todas partes y hacer de cualquier estrato social un segmento de consumidores, y en el cual sí es posible que todo el mundo encuentre elementos de identificación. Es por este motivo que nuestra sociedad ya no necesita hordas de gente disciplinada y adecuada para un mercado de trabajo con necesidades de mano de obra para la producción estables e incluso en continuo

aumento, sino gente apta para el mercado de consumo: gente ocupada en el oficio de obtener placer” (Gil Rodríguez, 2005).

En un capitalismo “de consumo” más que “de producción”, el marketing se erige como flamante poder/saber, siendo su objeto/efecto no ya “el trabajador”, sino “el consumidor”: he aquí, y quedando a un lado el ciudadano nacional, el principal foco de las nuevas tecnologías de formateo de cuerpos y almas de la biopolítica. Es este el trasfondo que hay que sacar a la luz para comprender la inagotable proliferación actual de identidades que se construyen en torno a determinados consumos.

Como ha sugerido eficazmente el Colectivo ¿Quién habla?, “el mercado y el consumo han devenido una dimensión de la producción. La producción alcanza a ser producción de mercado y de consumo: desborda la fábrica y se esparce por lo social en su conjunto. El consumo ya no es sólo aquel momento de destrucción del producto, de fagocitación del valor; se torna un proceso múltiple y activo que atraviesa instancias tan diversas como la investigación, la recolección de información, el diseño de producto, el testeo del mismo, su promoción, su producción en series personalizadas, la compra, la venta...” (Colectivo “¿Quién habla?”, 2006: 83). Si en el capitalismo de neto corte industrial la valorización del capital dependía de la fuerza laboral que los trabajadores depositaban en la producción a lo largo de la jornada, en la actualidad es la intervención sobre el deseo aquello que más valor genera.

No está demás aclarar que la categoría de “consumidor” es, por supuesto, mucho más restricta y excluyente que la de “ciudadano nacional”, y en esta mutación del poder serán grandes porcentajes de habitantes los que se verán sacrificados, “condenados a quedar fuera de los nuevos modos de subjetivación” (Sibilia, 2005: 227-228).

2. Del dispositivo de la sexualidad al dispositivo genético.

En el segmento final de *Derecho de vida y poder sobre la muerte*, Foucault afirma que el dispositivo de la sexualidad constituye el dispositivo de control por excelencia de las sociedades disciplinarias. Inserto simultáneamente en el registro de la anatomopolítica y de la biopolítica, el sexo es, al mismo tiempo, llave de acceso al cuerpo y a la especie y, en consecuencia, el lugar donde se componen las técnicas disciplinarias y los procedimientos de regulación de las poblaciones.

En las sociedades de control, dice Sibilia, ese lugar de “blanco central” del accionar biopolítico no está ocupado ya por el sexo –como en las sociedades de la

disciplinarias y de la sexualidad- sino por el código genético. Las empresas-laboratorios prometen formatear los cuerpos, modelarlos “a pedido”, borrar los genes de la violencia, acabar con las enfermedades producto de la dotación biológica heredada.

En nuestros días, es el código genético el que conlleva una *mística*, aquel que puede explicarlo todo, iluminarlo todo, aquel que ocupa el lugar de acceso a lo que cada uno es, el de la revelación última de la identidad. Como sugiere Roberto Esposito, el actual régimen discursivo del cuerpo debe ser considerado, al calor de las biotecnologías, “desde el punto de vista de su transformación técnica” y no ya, solamente, en lo que hace a la raza o a la “población” (Esposito, 2005: 206).

Intervenidos por el dispositivo genético, el cuerpo del hombre y el de la especie se encuentran, además, insertos en un paradigma digitalizado, donde el cuerpo-alma es un sistema digital de informaciones, donde la enfermedad es un error del código, y la “reprogramación” la terapia por excelencia. En este sentido, las terapias ultrarrápidas, los tratamientos “para normales”, las “nuevas drogas” y los tratamientos genéticos comparten la misma obsesión, el mismo horizonte de anhelo: no sólo combatir las disfunciones, sino, más aún, eliminar sus causas para siempre.

El dispositivo genético conduce, además, a un nuevo principio de normalidad. Pero, en este contexto, ¿qué es “ser normal”? Sin una definición clara de salud y normalidad, pero con una asfixiante presión por serlo, el límite de “lo normal” siempre puede correrse un poco más. Así, el biopoder, cruzado con la lógica del consumo, y con una nueva dinámica asociada al mercado, interviene mercantilmente sobre la definición de las enfermedades, auténticas llaves de acceso al cuerpo de todos, pero también al de cada uno.

3. Del Fordismo al Posfordismo

Las sociedades de control suponen, o son correlativas de, no solo la introducción de nuevas técnicas y tecnologías de poder, sino también de transformaciones que se producen en el plano del modo de producción: si el orden industrial fordista se fundaba sobre la explotación del trabajo físico y muscular el capitalismo contemporáneo se caracteriza por una progresiva identificación entre praxis y lenguaje, entre producción y comunicación.

“El capitalismo contemporáneo –apunta Paolo Virno- encuentra su principal recurso productivo en las aptitudes lingüístico-rationales del ser humano, en el conjunto de facultades (potencias) comunicativas y cognitivas que lo distinguen de otras

especies” (Virno, 2008: 108). De este modo, es el intelecto mismo, el saber en potencia el que se convierte en el pilar de la producción social, relegando al trabajo segmentado y repetitivo a una posición residual. El intelecto general, que en Marx aparecía como el saber científico objetivado en el sistema de las maquinas, hoy aparece como trabajo vivo, como el conjunto de las capacidades propias del hombre (lenguaje, memoria, sociabilidad, inclinaciones éticas y estéticas, capacidad de abstracción y aprendizaje, imaginación, conocimientos formales e informales) que son puestas a producir valor.

Se crea, así, una situación paradójica, pues cuando las capacidades puestas en juego en el trabajo y fuera de él son las mismas, nada distingue ya a un régimen del otro y “el límite entre una cosa y la otra [se vuelve] arbitraria, mutable, sujeta a decisión política” (op.cit: 116). La vida entra, de este modo, en una ambigüedad en la que al mismo tiempo puede decirse que nunca se deja de trabajar, y que en ningún momento se lo hace.

La interpelación de los cuerpos y almas en sus virtualidades cognitiva y afectivas y la explotación del lenguaje y la comunicación abren, además, el camino a una forma de alienación propia de nuestra época: un conjunto de dramas psicossomáticos (déficit de atención, *burn-out*, pánico, depresión) asociados al hecho de que la subjetividad total y su capacidad de establecer relaciones afectivas con el otro han sido colonizadas e incorporadas en una relación de trabajo.

En este contexto, la regla social de la "formación permanente" a la que Deleuze hace alusión en su *Posdata...* no es otra cosa sino la transformación en "virtud productiva" de la necesidad de aprendizaje propia del hombre, en tanto ser constitutivamente "precario" y desambientado (Virno, 2008: 181-182). Describirse como alguien capaz de formarse permanentemente -cosa que todo aspirante a un puesto de trabajo debe hacer hoy- no significa mostrar tal o cual capacidad concreta y actual (saber inglés, saber usar *Frontpage*) sino, sobre todo, exhibir la pura potencia del aprendizaje.

4. ¿Una nueva ontología del cuerpo?

Siguiendo nuevamente a Esposito, es posible afirmar que nuestra época histórica se caracteriza por la implosión del adentro y del afuera, por la explosión de aquella imagen que ubica a la técnica como algo que interviene *desde afuera* a los cuerpos. La relación entre política y vida, filtrada por las biotecnologías, descompone ambos términos. y los asocia en una combinación que escapa al aparato conceptual

foucaultiano, por cuanto la técnica, en vez de limitarse a asediarnos desde afuera, se instala en nuestros propios miembros: no es una férula, es un implante. Es un poder que ha perdido toda exterioridad “natural”.

Ese aparato, ideado para las sociedades disciplinarias, y que “sigue identificando al cuerpo con los mismos límites espacio-temporales que escandieron su recorrido desde la civilización greco-cristiana hasta la moderna” (Esposito, 2005: 207), queda trunco a la hora de pensar un cuerpo, una especie humana, un ser humano que ya no constituye un dato a priori, sino más bien un “horizonte a construir” (Iacub, 2004: 175). Queda trunco, a la hora de pensar, por ejemplo, la intervención genética de embriones y fetos que, como casos ejemplificadores de las biotecnologías, evidencian la imposibilidad de pensar lo “puramente biológico”, introduciendo una variante ontológica fundamental y propia de nuestra época: el cuerpo ya no precede al ejercicio técnico que se le destina.

Sin embargo, y en una paradoja equiparable a la de la industria cultural ofreciendo “productos artísticos”, las instancias médico-administrativas se presentan como protectoras de una “esencia” humana que, como venimos insistiendo, intervienen y modifican de modo progresivo, monopolizando los aparatos biotecnológicos y, en particular, “el poder de calificación de la vida” (Iacub, 2004: 179). Monopolios que no hacen más que evidenciar la irrefrenable alianza entre capitalismo y corporaciones biotecnológicas.

5. La clonación como posibilidad y la imagen del hombre

Si los anteriores escalones de la técnica y de las tecnologías operaban sobre la materia inerte y presente, las biotecnologías introducen un nuevo piso (y un nuevo problema ético): la intervención ya no tiene lugar (sólo) sobre la materia inanimada sino sobre los procesos biológicos mismos, apareciendo la consecuente posibilidad de alterarlos y redefinirlos, incluso para siempre. El paroxismo de esta curva que podría concretarse en la clonación, de la mano con el antiesencialismo de la teoría dominante, constituyen un cóctel de carácter potencialmente apocalíptico: liberado nuestro ser a una libertad carente de norma, la imagen del hombre es presa fácil para el avasallante automatismo de la aplicación técnica y los imaginarios hegemónicos que los flujos políticos, económicos y sociales configurarán, por supuesto, en clave hegemónica. La posibilidad derivada de la eugenesia y la clonación de fijar una “esencia”, la ambivalencia de la técnica moderna, que aún con las mejores intenciones puede

conducir al desastre¹, el modo del develar técnico moderno que sella al hombre como trabajador y como recurso y el tipo de matriz socio-técnica autoritaria en la que estas nuevas tecnologías y saberes se insertan permiten especular sobre la “esencia” que podría terminar asentada: aquella que del hombre potencie su utilidad, su productividad y su eficacia. Pensadas según criterios de utilidad “se extenderá de forma irresistible la opinión de que las personas están ahí sólo para ser útiles a las personas, y nadie seguirá siendo un fin en sí mismo” (Jonas, 1997: 132-133). De esta manera, la existencia de la humanidad, que encuentra su razón de ser ontológica en una existencia que se consume en el mismo acto de vivir, perderá por eso mismo su propia razón de ser.

A propósito de la vida, es Hans Jonas quien nos enseña en *El problema de la vida y del cuerpo en la doctrina del ser* que esta no es una entidad definida ni un umbral indiferenciado (cfr. Jonas, 2000), y más aun en la modernidad biológica donde la especie entra como apuesta del juego en sus propias estrategias políticas. Después de todo, ¿cuáles son los objetivos de una eugenesia positiva sobre la arquitectura humana? ¿Crear un mejor hombre? ¿Cuál sería la medida de lo mejor? ¿Mejor para quién o para qué? Y en última instancia, como señala Héctor Schmucler: ¿por qué seguir llamando “hombre” a los integrantes de una especie cuyos miembros respondan a comportamientos esperables? (Schmucler, 2001: 17).

6. El revés tanatopolítico.

“Hoy solo la vida –su conservación, su desarrollo, su mejora- constituye una fuente de legitimación política. Cualquier programa político que no tenga esto en cuenta –que desvíe su objetivo del cuerpo de los hombres y de las poblaciones hacia otros fines o proyectos- sería barrido por el desinterés general” (Esposito, 2009). Así resumía Roberto Esposito –en ocasión de una conferencia brindada en Madrid a principios de marzo del 2009- la condición hegemónica de la política actual en Occidente. Política que rápidamente se revela como biopolítica a la vez que tanatopolítica, pues únicamente admite como obra posible del hombre en tanto ser genérico la realización de una determinada forma de vida, así como la exclusión y segregación de otras. “En la imposibilidad de definir una nueva “obra del hombre” –anota en esta misma dirección

1 ¿Qué paralelos pueden rastrearse entre la “ambivalencia de la técnica” de Jonas y la “iatrogenia positiva” de la medicina moderna en Foucault?: “En la actualidad los instrumentos de que disponen los médicos y la medicina en general, precisamente por su eficacia, provocan ciertos efectos, algunos puramente nocivos y otros fuera de control, que obligan a la especie humana a entrar en una historia arriesgada, en un campo de probabilidades y riesgos cuya magnitud no puede medirse con precisión” (Foucault, 1996: 72).

Giorgio Agamben-, se trata ahora de asumir la vida biológica misma, como última y decisiva tarea histórica. La “obra” de lo viviente según el *lógos* es la asunción y la cura de aquella vida nutritiva y sensitiva, sobre cuya exclusión la política aristotélica había definido el *érgon tou anthrôpou*” (Agamben, 2005: 474). Sólo si tenemos en cuenta este fondo de comprensión podremos sopesar correctamente las actuales demandas de seguridad –incluso en sus formas más radicalizadas: “quien mata debe morir”-, como así también los violentos rechazos que provocan en la actualidad los flujos migratorios. La pronta activación del sistema inmunitario de lo social tras la ocupación del Parque Indoamericano en diciembre del año pasado, que derivó en violencia y muerte, es suficiente prueba para sacar a la luz la actual superposición que evidencian “diferencia” y “amenaza”. La imagen feliz de la “aldea global” encuentra aquí un decidido revés: no sólo la globalización ha dejado subsistir y acentuado diferencias políticas, económicas y sociales entre continentes, pueblos y etnias, sino que, además, no pocas veces trae como “consecuencia no deseada” mayores cerrazones identitarias y violentos localismos. La sistemática descalificación de determinadas formas-de-vida y la producción biopolítica de aquello que Giorgio Agamben denomina “vida desnuda” encuentra aquí uno de los caldos de cultivo más importantes de la actualidad (Agamben, 2003).

Esta biopolítica negativa debe ser debidamente contextualizada teniendo en cuenta, primero que nada, lo dificultoso que puede resultar hoy en día imaginar situaciones en las que podamos hablar de una condición de absoluta “protección” en nuestras sociedades. Así como en la medicina pensar un cuerpo puramente “sano”, se vuelve imposible, porque las fronteras entre “salud” y “enfermedad” se han difuminado, otro tanto ha ocurrido entre la “protección” y el “peligro” como condiciones absolutas. En una interesante lectura de *The Village* –aquel film de Night Shyamalan del año 2004-, Slavoj Žižek ha mostrado cómo es que la amenaza de disolución continua contra la cual lucha la comunidad pareciera ser hoy su valor más propio, “como si la auténtica comunidad sólo fuese posible en condiciones de amenaza permanente, en un estado constante de emergencia” (Žižek, 2010: 39). Por eso es que las subjetividades contemporáneas no pueden pensar sin tener en cuenta el miedo – como tonalidad afectiva dominante- y la sensación de exposición constante al peligro. La ciudad imaginada por Guattari que Deleuze presenta hacia el final de su *Posdata...*²

² “No es necesaria la ciencia ficción para concebir un mecanismo de control que señale a cada instante la posición de un elemento en un lugar abierto, animal en una reserva, hombre en una empresa (collar electrónico). Félix Guattari imaginaba una ciudad en la que cada uno podía salir de su departamento, su

es la expresión arquitectónica-securitaria-técnica de una comunidad que no sólo teme, sino que se ha vuelto peligrosa, en la que cada uno de nosotros habita esa frontera cada vez más porosa entre “lícito” e “ilícito”, “normal” y “peligroso”, en la que la “libertad” y la “seguridad” de cada uno es infinitesimalmente calculada y recalculada, gestionada y regestionada.

Palabras finales

Cada sociedad tiene sus imágenes y sus metáforas; su propio sistema de representaciones simbólicas que caracterizan y distinguen sus valores y creencias. Tales imágenes, conformadas y sedimentadas en la memoria colectiva y en el sentido común con el correr del tiempo, no sólo estructuran el pensamiento y la percepción, sino que también guían la interpretación, moldean nuestras acciones, cincelan el marco de lo pensable y sirven de guía para nuestras utopías y deseos. Si la sociedad del capitalismo industrial puede pensarse a partir de hierros, máquinas, motores y trenes, no es inocente que en nuestra época el universo de imágenes predominante nos hable de flujos, códigos, softwares, modulaciones, abstracciones, informaciones, ADN, gases y pantallas.

Las imágenes que abren este trabajo encuentran su correspondencia, en mayor o en menor medida, con los desarrollos teóricos presentados, que intentan sacar a luz el trasfondo que las ha hecho emerger. Sin embargo, si, como sugería Adorno, el pensamiento crítico recurre siempre a la necesidad de pensar en contra del lenguaje recibido y naturalizado, quizá sea hora de hacer violencia contra esas imágenes-palabras para romper el marco de lo pensable y decidir, si, verdaderamente, la senda que las imágenes de la modernidad tecnológica pos-industrial nos dibujan nos conducen a donde queremos dirigirnos.

calle, su barrio, gracias a su tarjeta electrónica (dividual) que abría tal o cual barrera; pero también la tarjeta podía no ser aceptada tal día, o entre determinadas horas: lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición de cada uno, lícita o ilícita, y opera una modulación universal” (Ferrer. comp., 2005: 120).

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2005). *La potencia del pensamiento. Ensayos y conferencias*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Agamben, Giorgio (2003). *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. España: Pre-Textos.

Campillo, Antonio (1996). El amor de un ser mortal. En Bataille, Georges. *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona: Editorial Paidós.

Colectivo “¿Quién habla?” (2006). *¿Quién habla? Lucha contra la esclavitud del alma en los call centers*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Deleuze, Gilles (2005). Postdata sobre las sociedades de control. En Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario* (pp. 115-121). La Plata: Terramar.

Esposito, Roberto (2005). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Esposito, Roberto (2009). *Comunidad y violencia*. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/13083876/Roberto-Esposito-Comunidad-y-Violencia>

Foucault, Michel (2005). Las redes de poder. En Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario* (pp. 15-31). La Plata: Terramar.

Foucault, Michel (1977). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. México: Siglo XXI Editores.

Foucault, Michel (1996). *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires: Altamira.

Foucault, Michel (1980). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

Giorgi Gabriel y Rodríguez Fermín (Comps.) (2007). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós.

Gil Rodríguez, Eva Patricia (2005). Simulacro, subjetividad y Biopolítica; de Foucault a Baudrillard. En *Revista Observaciones filosóficas n°1*. Barcelona.

Habermas, Jürgen (2000). Un argumento contra la clonación de seres humanos. Tres réplicas. En *La constelación posnacional*. Barcelona: Editorial Paidós.

Hans, Jonas (1997). *Técnica, ética y medicina. Sobre la práctica del principio de responsabilidad*. Barcelona: Editorial Paidós.

Hans, Jonas (2000). *El principio-vida. Hacia una biología filosófica*. Madrid: Editorial Trotta.

Heidegger, Martin (1983). La pregunta por la técnica. En *Ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Iacub, Marcela (2001). Las biotecnologías y el poder sobre la vida. En Didier Eribon (comp.), *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos Aires: Letra Viva/Edelp.

Lazzarato, Maurizio (2000). Del biopoder a la biopolítica. En *Sin dominio* [on line]. Disponible en: <http://www.sindominio.net/arkitzean/otrascosas/lazzarato.htm>

Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Sibila, Paula (2005). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Schmucler, Héctor (2001). La industria de lo humano. *Revista Artefacto n°4*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC.

Virno, Paolo (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue.

Žižek, Slavoj (2010). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Argentina: Editorial Paidós.